

TODO ES DON

(Meditación de Pablo VI ante la muerte- L'Osservatore Romano, 12-8-1979)

“Llega la hora. Desde hace algún tiempo tengo el presentimiento de ello. Más aún que el agotamiento físico, pronto a ceder en cualquier momento, el drama de mis responsabilidades parece sugerir como solución providencial mi éxodo de este mundo, a fin de que la Providencia pueda manifestarse y llevar a la Iglesia a mejores destinos. Sí, la Providencia tiene muchos modos de intervenir en el juego formidable de circunstancias que cercan mi pequeñez; pero el de mi llamada a la otra vida parece obvio, para que me sustituya otro más fuerte y no vinculado a las presentes dificultades. ‘Soy un siervo inútil’. ‘Caminad mientras tenéis luz’ (Jn. 12,35).

Ciertamente, me gustaría, al acabar, encontrarme en la luz. De ordinario, el fin de la vida temporal, si no está oscurecido por la enfermedad, tiene una peculiar claridad oscura: la de los recuerdos tan bellos, tan atrayentes, tan nostálgicos y tan claros ahora para ya denunciar su paso irrecuperable y para burlarse de su llamada desesperada. Allí está la luz que descubre la desilusión de una vida fundada sobre bienes efímeros y sobre esperanzas falaces. Allí está la luz de los oscuros y ahora ya ineficaces remordimientos. Allí está la luz de la sabiduría que por fin vislumbra la vanidad de las cosas y el valor de las virtudes que debían caracterizar el curso de la vida: ‘vanidad de vanidades’. En cuanto a mí, querría tener finalmente una noción compendiosa y sabia del mundo y de la vida: pienso que esta noción debería expresarse en reconocimiento: todo era don, todo era gracia; y qué hermoso era el panorama a través del cual ha pasado bello, tanto que nos hemos dejado atraer y encantar, mientras debía aparecer como signo e invitación.

Pero, de todos modos, parece que la despedida debe expresarse en un acto grande y sencillo de reconocimiento, más aún, de gratitud: esta vida mortal es, a pesar de sus vicisitudes y sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellísimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y con gloria: ¡la vida, la vida del hombre!

Ni menos digno de exaltación y de estupor feliz es el cuadro que circunda la vida del hombre: este mundo inmenso, misterioso, magnífico, este universo de tantas fuerzas, de tantas leyes, de tantas bellezas, de tantas profundidades. Es un panorama encantador. Parece prodigalidad sin medida. Asalta en esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber admirado bastante este cuadro, de no haber observado como merecían las maravillas de la naturaleza, las riquezas sorprendentes del macrocosmos y del microcosmos.

¿Por qué no he estudiado bastante, explorado, admirado, la morada en que se desarrolla la vida? ¡Qué distracción imperdonable! Sin embargo, al menos ‘in extremis’, se debe reconocer que este mundo que fue hecho por medio de El es estupendo. Te saludo y te celebro en el último instante, sí, con inmensa admiración, y como decía, con gratitud: todo es don; detrás de la vida, detrás de la naturaleza del universo, está la sabiduría y después, lo diré en esta despedida luminosa (Tú nos lo has revelado, Cristo Señor), está el Amor.

¡La escena del mundo es un diseño, todavía hoy incomprensible en su mayor parte, de un Dios Creador que se llama nuestro Padre, que está en los Cielos! ¡Gracias, oh Dios, gracias y gloria a Ti, oh Padre! En esta última mirada me doy cuenta de que esta luz fascinante y misteriosa es un reverbero, un reflejo de la primera y única Luz, es una revelación natural de extraordinaria riqueza y belleza, que debía ser una iniciación, un preludeo, una invitación del Sol invisible a quien nadie vio jamás. El Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, ese lo ha dado a conocer. Así sea, así sea”.